

Suboficiales en la Historia

Por: Miguel PARRILLA NIETO

EL SARGENTO HORTIGÜELA Y LOS INFANTES DE SICILIA



EN uno de los primeros días de 1898, el Capitán General de la isla de Cuba imponía la Cruz Laureada de San Fernando al Sargento del Regimiento de Infantería Sicilia n.º 7, D. Víctor Hortigüela Carrillo. Ante las unidades que en aquél acto rendían honores, se leyó el Real Decreto de 9 de diciembre de 1897 por el que se concedía la condecoración en favor del hombre que ocupaba el centro de la Plaza de Armas, uno de tantos héroes que escribieron la leyenda de su propia historia en las lejanas tierras de la Perla del Caribe.

Los hechos que la disposición citaba, aparecían narrados con el escueto laconismo de los partes oficiales, apenas más que nombres propios: la línea férrea de Holguín a Gibara, el puesto del kilómetro 18, una resistencia frente a cientos de rebeldes, muertos, heridos y lo que cada uno de los asistentes a la im-

posición quisieran deducir de las ausencias, los blancos y silencios del papel impreso.

Y había tanto que contar... que la imaginación quedaba corta para dar cabida a las alucinantes horas de angustia vividas por Hortigüela y sus soldados en la inmensa soledad de la barranca de Oriente. Los vivos podían hablar y preferían el silencio a las evocaciones de tragedia. Los muertos, muertos estaban y a Dios rindieron el parte de sus hechos. Pasados los años, protagonistas y letras daban cuenta detallada de las particularidades de *un episodio más entre los vividos por los españoles en las guerras de ultramar*.

Era el 20 de agosto de 1896. En el cobertizo del puesto, el sargento, en pie, observaba a través de los prismáticos las últimas sombraluces de la tarde. El panorama era idéntico cada día de aquel verano y a la misma hora: iluminados por los últimos reflejos del crepúsculo, los rai-les brillaban como serpientes de vidrio. La masa verde del cañaveral se aplastaba en sombras progresivamente negras al fondo de la barranca, y el tapiz de gigantescas hierbas parecía dotar de ingravidez a los riscos que entre ellas emergían.

Vegetal y piedra, silencio, quietud de parte a parte en las laderas, en la sierra, y hasta en el cielo daba la impresión de ver volar las mismas aves a cada puesta de sol.

Ya entraba Hortigüela en la caseta, y el recuerdo de las últimas imágenes despertó su atención. Abajo, junto al cruce de las vías, la hierba parecía como peinada por el viento, y sin embargo... ni una ligera brisa refrescaba el bochorno de la tarde.

Giró sobre sus talones y volvió a encararse los prismáticos. La hierba era un trigal en el que hubiese entrado un hato de carneros, y ahora, fijando la atención en cada vaivén o remolino, se insinuaban formas extrañas en apariencia forzada de quietud y mimetismo. Parecía fuera de dudas que allí, entre la masa verde, un grupo de hombres observaba los movimientos de la pequeña guarnición.

Los ocultos visitantes no aguardaron a que cerrase la noche para manifestar su presencia; *un estampido atronador anunció la existencia de un cañón*. El tiro pasó de largo, pero la lluvia de balas que siguió al aviso quedó en parte incrustada en las frágiles paredes de la caseta,

y algo peor, algunos proyectiles de fusil Mauser las atravesaban de parte a parte, produciendo la primera baja entre los españoles.

A la descarga sucedió un espantoso griterío. Salían hombres de todas partes, disparaban sin orden ni señal agitando al aire fusiles y machetes, fluían como impulsados por huracán incontenible de muerte y destrucción; y en solo unos minutos los raíles desaparecieron bajo el bulir humano de los atacantes. Cientos, miles tal vez, el fondo de la barranca era un hormiguero desparramado y voraz en plena acción de triturar cuanto a su paso apareciese.

Tensa la pequeña guarnición, crispados los dedos en la culata de los Mauser, cada cual vigilaba su sector de tiro en espera de encontrar un bulto sobre el que hacer fuego. Se escuchó un silbato, y como por ensalmo cesó la algarabía. *De entre las cañas surgió la figura de un negro corpulento montado en un caballo.* Dictó con energía unas órdenes, y la masa ululante que momentos antes inundara el valle desapareció de campo abierto ocultándose entre la maleza.

Transcurrió tiempo, un tiempo incontrolado por el reloj de Hortigüela. Se escuchan voces, tropel de gente, relinchos de caballerías; pero sin verse otra cosa que altas hierbas envueltas ya en las primeras sombras de la noche. Por fin, aquel negro se destacó sobre el caballo hasta la trocha de la vía, desembainó un lar-



go machete y gritó con voz firme y potente la orden de asalto a la caseta.

La estructura del endeble habitáculo comenzó a tambalearse. El cañón había reanudado los disparos y un proyectil produjo un agujero en la techumbre. Próximos ya al cobertizo, el primero de los escalones mandados por la voz del negro recibió a corta distancia la descarga de los infantes del Sicilia. Numerosas formas se abatieron, unas para no volver a levantarse y otras para protegerse del nutrido fuego que se les hacía desde los ventanucos.

A una oleada sucedían oleadas de refresco, y las armas de los asediados a duras penas si podían escupir tanta metralla. Varios hombres habían sido tocados, las tablas crujían constantemente por el tamborileo de las balas y el desequilibrio producido en el tejado por la explosión del proyectil. Agonizantes, inútiles y heridos cubrían cada hueco abierto en la pared, mientras a escasos metros, confusas siluetas espectrales despedían lenguas de fuego en dirección a lo que sólo era ya un endeble parapeto.

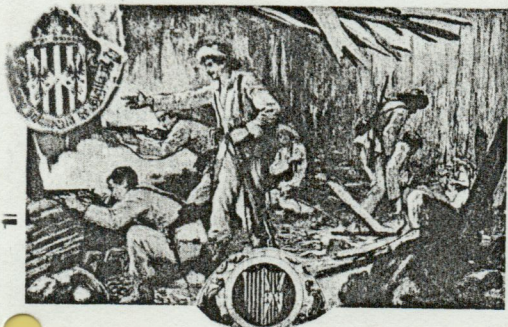
El negro, viendo la resistencia que a sus hombres oponían los de Hortigüela, espolé el caballo, y a la cabeza del grupo cargó derecho a la caseta. Unos segundos después caía sin vida entre las patas del corcel. Como si aquella muerte hubiera sido la señal suprema para desencadenar sobre los defensores del puesto una tormenta de ira, todos los atacantes subieron en tropel

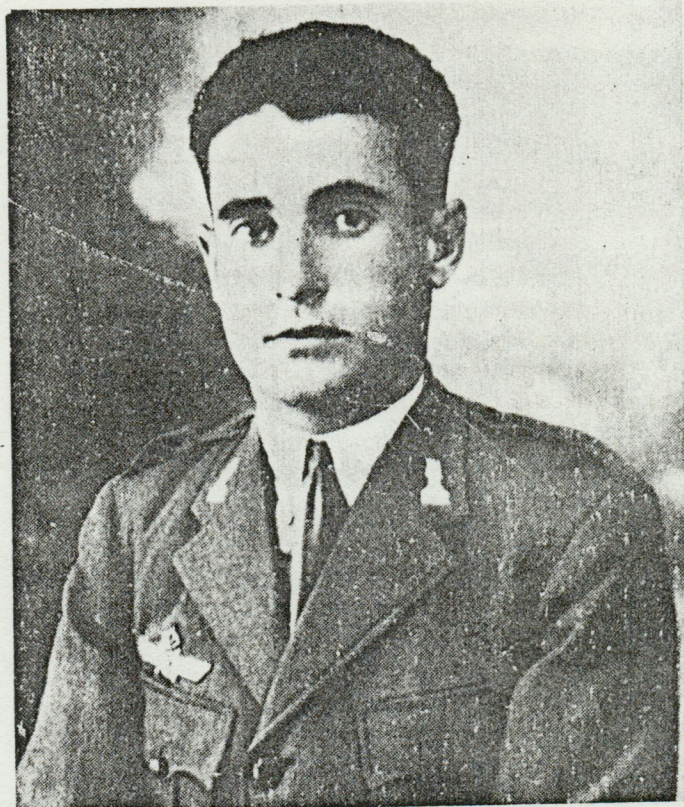
hasta las ruinas mismas del reducito semihundido.

Con más de la mitad de su gente fuera de combate, sin lugar donde parapetarse y en trance de perecer aniquilados de un momento a otro, *el sargento Hortigüela dispuso la retirada de todos los hombres menos dos que con él quedaron para contener a los rebeldes.* Minutos después, mandó a éstos también la dera arriba camino de la parte alta de la sierra, quedando solo frente al enemigo.

Tras una lucha cuerpo a cuerpo en la que rompió el fusil y hubo de defenderse a machetazos, Hortigüela logró escapar confundido entre los adversarios, y ocultándose en el monte consiguió alcanzar la cresta de la sierra varias horas después de haber ordenado la evacuación del puesto. Reunido con sus hombres, aún tuvo que organizar una penosa marcha de más de cuatro leguas hasta llegar a Holguín.

Desde aquel día, cada español con residencia en algún pueblo de la provincia de Oriente, contó a sus hijos y a sus nietos la hazaña del sargento y los infantes del Sicilia: 19 españoles frente a dos millares de insurrectos en un combate que duró tres horas. Y al pasar el tren por aquel kilómetro de la línea del norte, la que une a Holguín con los puertos de Gibara y la Herradura, descubriéndose ante un túmulo de escombros cubiertos de hierbajos, que según decían eran los restos de la vieja caseta defendida por los infantes de Hortigüela.





*Suboficial
Antonio
Andrés
Pascual
«Una odisea
en el río
Kert.»*

Antonio Andrés se ve obligado a tomar tierra en la insegura superficie del cauce del río Kert.

Ya en el suelo y entre una lluvia de balas, salta a tierra, toma la carabina y parapetándose tras el endeble fuselaje del aeroplano, intenta repeler el furibundo ataque de los agarenos. Grita al teniente, que aún sigue a bordo; le pide, ¡le suplica! le ordena que dispare; pero el teniente no contesta. Al levantar la vista comprueba cómo un reguero de sangre le ha estado empapando la espalda: el oficial ha muerto.

No tiene tiempo Antonio Andrés de plantearse una salida para su crítica situación; un rifeño se avanza sobre él, provisto, además del fusil, de una barra de hierro, y con ella le asesta un fuerte golpe en el hombro derecho. Pierde el suboficial el equilibrio y cae al suelo. El rifeño intenta rematarlo con un nuevo golpe; más, un instinto que no responde ni al dolor ni al más extremo agotamiento, le reincorpora, y a culatazos, logra desasirse del adversario, que queda incons-

ciente sobre la sangre del oficial Arango.

Centro de una diana sobre la que se estrellan disparos cada vez más certeros, Antonio Andrés busca angustiada un lugar donde protegerse, pero el griterío de los harqueños le hace decidirse por la huida, pre-

...transcurre un tiempo, largo, corto... el tiempo de los moribundos y de los borrachos.

cisamente en dirección al río, único lugar libre de enemigos. Salta unos zarzales, cae rodando entre peñascos, y empujado por la proximidad de sus perseguidores, pierde pie al borde de un precipicio y cae por él hasta la corriente encajonada del río Kert.

Magullado en todo el cuerpo, sangrando por el rostro, cubierto de espinas de cardos y zarzales, el suboficial lucha contra la corriente impetuosa de las aguas, y tras una

dura lid por la supervivencia, consigue arribar a la orilla, y allí, extenuado, se deja caer entre la fronda tentacular de una junquera. Los rifeños parecen haberle dado ya por muerto y ahora sólo el rumor del Kert se escucha en la angostura donde yace al borde ya de la inconsciencia.

Transcurre un tiempo, largo, corto... el tiempo de los moribundos y de los borrachos. A lo lejos nuevos estampidos y el granear fluido de cientos de disparos, secos, reiterantes y descompasados. Antonio Andrés se apoya, a guisa de bordón, sobre la carabina, y sube, repecho arriba, hasta el lugar donde observar lo que supone el escenario de un combate. Allí, ante sus ojos, una sección de Regulares está intentando acercarse al aeroplano.

Como un espectro surgido de las entrañas de la tierra, el aviador se yergue sobre sus talones, agita al aire la carabina y llama la atención de las tropas españolas. A saltos y entre las balas, llegan hasta él dos hombres; le protegen y consiguen llegar hasta el lugar donde el oficial ha mandado detenerse la sección. Antonio Andrés solicita un arma para colaborar en la recuperación de su aparato. Alguien le da una pistola y acoplándose en el pelotón de vanguardia, interviene en el avance que, al cabo de una hora, consigue expulsar a los rifeños y recoger el cuerpo del teniente Arango.

Finalizada la operación, el suboficial piloto del Breguet fue recogido por el coche del comandante Mule-ro, hermano del jefe de escuadrilla, y conducido hasta Nador, donde, al día siguiente se le proveyó de otro aparato y continuó prestando servicios de reconocimiento y bombardeo hasta el final de la guerra.